



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 internacional

Senderos que se bifurcan. Patrones de acceso a la vida política y experiencia militante en la UNLP
Antonio Camou, Marcelo Prati, Sebastián Varela
Revista Argentina de Estudios de Juventud, (12), e021, diciembre 2018
ISSN 1852-4907 | <https://doi.org/10.24215/18524907e021>
<https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/revistadejuventud>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

SENDEROS QUE SE BIFURCAN

Patrones de acceso a la vida política
y experiencia militante en la UNLP

PATHS THAT FORK. Patterns of access to political life
and militant experience at the UNLP

Antonio Camou

antoniocamou@yahoo.com.ar | <https://orcid.org/0000-0001-5594-1025>

Marcelo Prati

marcelo.prati@speedy.com.ar | <https://orcid.org/0000-0002-4576-080X>

Sebastián Varela

varela.sebastian@gmail.com | <https://orcid.org/0000-0001-8777-8322>

Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales (IDIHCS)
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata | Argentina

Resumen

Palabras clave
experiencia política militantes universitarios

Los autores analizan la experiencia política de los militantes de la Universidad Nacional de La Plata a partir de los datos que surgen de entrevistas realizadas con militantes de diferentes agrupaciones. De acuerdo con la exploración, el ingreso al campo político universitario se resumen en tres modelos de trayectoria que denominan militancia o politización por el «legado», a través del «conflicto» y por «contacto». Apoyados en las mismas fuentes, se analiza la tensión entre los perfiles del militante «emancipador» y el militante visto como «calculador racional». Se concluye que ambas identificaciones conviven guiadas por dos tipos de racionalidades: la «comunicativa», ligada a la prosecución de objetivos emancipatorios, y la «estratégica», vinculada a fines de construcción, de distribución y de ejercicio de poder.

Abstract

Keywords
experience political militants university

The authors analyze the political experience of the militants of the National University of La Plata from the data that arise from interviews with militants of different groups. According to the exploration, entering the university political field could be summed up in three trajectory models, which we call militancy or politicization for the «legacy», through «conflict» and «contact». Based on the same sources, the tension between the profiles of the «emancipator» militant and the militant seen as «rational calculator» is analyzed. It concludes that both identifications coexist guided by two types of rationalities: «communicative» rationality, linked to the pursuit of emancipatory objectives, and «strategic» rationality, linked to construction, distribution and power exercise purposes.

Recibido 05/03/2018 Aceptado 01/07/2018

SENDEROS QUE SE BIFURCAN

Patrones de acceso a la vida política
y experiencia militante en la UNLP

Por Antonio Camou, Marcelo Prati y Sebastián Varela

*La principal característica de esta vida específicamente humana [...],
consiste en que en sí misma está llena siempre de hechos
que en esencia se pueden contar como una historia.*

Hannah Arendt (1958)

Las sociedades occidentales modernas han convertido a los años juveniles en una encrucijada de caminos, en una zona de tensiones vitales y de virajes existenciales, de exploraciones felices pero también de elecciones angustiosas: un abigarrado jardín de senderos que se bifurcan. Tal vez, como en ningún otro momento de nuestras vidas, conviven en esa etapa los tres tiempos que definen el derrotero social: la *socialización* que guarda los múltiples legados que nos vienen del pasado; la *individuación*, que nos obliga a decidir en un marco móvil de restricciones y de oportunidades dibujadas en el presente; y finalmente, la *subjetivación*, asociada a alguna idea de proyecto vital que mira al futuro, esto es, la temporalidad en la que tiende a desplegarse la «voluntad del individuo de ser actor de su propia existencia» (Martuccelli, 2006, p. 79).

Asediados por estas fuerzas que marchan en diferentes sentidos, en la actualidad, los jóvenes ya no parecen poder inscribir sus prácticas en un modelo social unificador, en una constelación de normas y de valores consensuados, o en un paradigma de reglas claras y estables. Por tal razón, también la gramática sociológica que intenta aprehender esa experiencia se ve confrontada con la necesidad de pluralizar las miradas desde las cuales esas prácticas intentan ser

decodificadas. En este marco, suscribimos como hipótesis de trabajo el argumento de Francois Dubet (2011): «Los actores que observo me parece que se inscriben en varias racionalidades, en varias lógicas; nunca son totalmente reductibles al paradigma de una teoría pura» (p. 117). En tal sentido, el sociólogo francés llama *experiencia social* a «la cristalización, más o menos estable, en los individuos y los grupos, de lógicas de acción diferentes, a veces opuestas, que los actores deben combinar y jerarquizar a fin de constituirse como sujetos» (p. 117).

A partir de estas consideraciones, en este artículo nos proponemos analizar la experiencia política de los *militantes* de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), tanto en el plano de la política universitaria como de la política nacional. En la primera sección, repasamos mínimas coordenadas analíticas —discutidas con más detalle en otros trabajos (Camou, Prati & Varela, 2014a y 2014b)— desde las cuales abordamos nuestra problemática.

En la segunda sección, apelamos a una serie de entrevistas realizadas a finales de 2014 con militantes de las principales agrupaciones de cuatro facultades de la UNLP (Derecho, Exactas, Humanidades e Ingeniería),¹ para indagar los patrones de acceso a la vida política. De acuerdo con nuestra exploración, el ingreso al campo político universitario podría resumirse en *tres grandes modelos* de trayectoria, que denominamos militancia o politización por el «legado», a través del «conflicto» y por «contacto». Por cierto, raramente encontramos estas instancias operando de manera «pura»; más bien, lo que hallamos son diferentes combinaciones de elementos que conforman una intrincada textura de experiencias de participación.

Apoiados en las mismas fuentes, en la tercera sección analizamos la tensión entre los perfiles del militante «emancipador» y el militante visto como «calculador racional». Desde la perspectiva que venimos elaborando, ambas identificaciones (que etiquetamos de manera tentativa) conviven en la experiencia militante guiadas por racionalidades que, si bien se dan en oposición, se necesitan y se retroalimentan necesariamente: de un lado, un tipo de racionalidad «comunicativa», ligada a la prosecución de objetivos emancipatorios; de otro, un tipo de racionalidad «estratégica», vinculada a fines de construcción, de distribución y de ejercicio de poder en una organización compleja como la universidad. Pero estas figuras militantes no flotan en el vacío: se recortan sobre el horizonte de la abrumadora mayoría de estudiantes que no milita. Claro que esos votantes, a su vez, tampoco constituyen una masa indiferenciada ni habitan un mundo compacto;

en ese universo variopinto nos ha parecido útil distinguir —en relación con la participación política— el perfil del «agremiado», del «votante medio» y del «huérfano de la política». El trabajo cierra con unas breves reflexiones finales.

¿Contar una historia?

Una larga deriva de autores del campo de las humanidades y las ciencias sociales nos ha enseñado a descifrar la trama interpretativa de la vida social a través de la comprensión hermenéutica del relato biográfico (Di Pego, 2012). En tal sentido, como decía José Ortega y Gasset en una lejana obra publicada en 1935, para comprender algo humano, personal o colectivo «es preciso contar una historia. Este hombre, esta nación, hace tal cosa y es así porque antes hizo tal otra y fue de tal otro modo. La vida solo se vuelve un poco transparente ante la razón histórica» (p. 47). Algunos años después, en junio de 1939, el filósofo y crítico cultural alemán Walter Benjamin le escribe una carta a Bernard Brentano —a la que le adjunta su ensayo de 1936, *El narrador*— motivado por la lectura de la siguiente frase de Brentano: «Qué sea el hombre no se puede decir, pero todo se puede contar» (Benjamin, 1978, p. 817, citado en Di Pego, 2012, p. 54). Más cercanamente, el filósofo francés Paul Ricoeur (1996) nos recuerda, en su obra *Tiempo y narración* (1983), que «decir la identidad de un individuo o de una comunidad es responder a la pregunta: ¿quién ha hecho esta acción?» (p. 997), y que la respuesta «sólo puede ser narrativa», puesto que responder a la pregunta ¿quién?, «como lo había dicho con toda energía Hannah Arendt, es contar la historia de una vida» (Ricoeur, 1996, p. 997).

En este marco de consideraciones, para saber cómo un joven universitario se constituye como militante necesitamos explorar la «película» de su trayectoria familiar, grupal e institucional en un contexto histórico particular.² De aquí la necesidad de contar con narrativas personales que nos permitan reconstruir, en el marco de la estructura de restricciones y de oportunidades en las que se desenvuelve la política universitaria, los senderos donde se entrecruzan *socialización, individuación y subjetivación* (Martuccelli, 2006). En otros términos, nos interesa indagar las tensiones de un proceso en el que el cruce de las temporalidades del pasado (herencia socializadora) y del presente (coordinadas

políticas e institucionales del aquí y ahora) deja un margen siempre abierto a la indeterminación, a la libre elección, a la elaboración de un proyecto de sujeto político (individual y/o colectivo); en definitiva, a la constitución de una voluntad militante.

Pero en este punto es importante efectuar una advertencia. Según se sabe, la semántica que nos habla de la constitución de los actores sociales en sentido amplio, ya sea letrada o coloquial, está fuertemente inficionada de categorías y de metáforas esencialistas, en algunos casos, incluso, de raigambre religiosa. Por eso es habitual encontrar referencias con escasa reflexión crítica en torno a la *vocación* como llamado o como *profesión* de fe; o ligeras menciones a la *conversión* como transformación súbita; y algo similar sucede con la profusión de figuras que nos hablan de una vocación que se *despierta* (dando por sentado que hasta entonces permanecía dormida...), de un *ser* que se desarrolla o que *deviene* en una nueva identidad. En una línea semejante, nos encontramos con una amplia gama de imágenes físicas (un «clima» de época llevaría a participar o a retraerse de la cosa pública) o espiritualistas (el influjo del «Zeitgeist» como «mentalidad» de época) que se invocan para referir a la siempre compleja vinculación entre un contexto histórico determinado y el sinuoso derrotero de una existencia personal. Una discusión seria sobre el asunto insumiría un espacio que no podemos destinarle aquí, y seguramente un cambio de hábitos de lenguaje que nos excede en el marco de este trabajo, pero al menos nos obliga a encender una luz de alerta frente al viejo problema sartreano de la «ilusión biográfica».

Según el autor de *El ser y la nada* (1943), la ilusión biográfica consiste en pensar que «una vida vivida puede parecerse a una vida narrada» (Rowley, 2006, p. 12), como un vector que se organiza desde las fuertes determinaciones de la infancia hasta la proyección que se realiza en una gran obra (por ejemplo, la biografía de un escritor original). La biografía o la autobiografía serían, entonces, géneros que hacen depender el relato de una fantasía: «El sujeto se expresa y se manifiesta según una narración que hace de su esencia un embrión que se despliega» (Serna, 2006, p. 2). Contra esta idea, tal vez haya sido Pierre Bourdieu quien ha escrito las páginas más fuertemente críticas, en el sentido de invalidar el tipo de pregunta que se hacen muchos biógrafos sobre sus personajes: ¿De qué manera X llegó a ser lo que es? Así presentada, esta cuestión remite habitualmente a suponer la persistencia de un «proyecto implícito que deba cumplirse de manera teleológica»

(Pereira Fernández, 2011, p. 108). Más bien, señala Bourdieu (1983), al comentar las coordenadas de interpretación social de una biografía intelectual, la pregunta debería cambiarse:

¿Cuáles debían ser, desde el punto de vista del *habitus* socialmente constituido, las diversas categorías de artistas y de escritores en una época dada y en una sociedad dada, para poder ocupar las posiciones predisuestas para ellos por un estado del campo intelectual, y para poder adoptar, en consecuencia, las tomas de posiciones estéticas o ideológicas ligadas objetivamente a las posiciones ocupadas? (p. 21).

De este modo, a juicio del autor de *La distinción* (1979), debe dejarse de lado «la interminable y desesperada tentativa de integrar toda la verdad objetiva de una condición, de una historia y de una obra individuales en la artificial unidad de un proyecto originario» (Bourdieu, 1983, p. 18). Y en este punto su posición es vehemente a la hora de defender la forma en la que debería efectuarse el trabajo sociológico: «La única salida científica para la biografía está en partir de un análisis estructural de los sistemas relacionales que definen el estado de los campos y los distintos *habitus* que los agentes poseen por su ubicación en la estructura social» (Pereira Fernández, 2011, p. 107).

Tratar de comprender una vida como una serie única y suficiente en sí de acontecimientos sucesivos sin más vínculo que la asociación a un «sujeto» cuya constancia no es sin duda más que la de un nombre propio, es más o menos igual de absurdo que tratar de dar razón de un trayecto en el metro sin tener en cuenta la estructura de la red, es decir, la matriz de las relaciones objetivas entre las diferentes estaciones (Bourdieu, 1997, p. 82).

Este vínculo complejo entre las dimensiones subjetivas y objetivas de la vida social nos permite conectar estas reflexiones con una noción de experiencia, entendida como «el punto nodal de la intersección entre el lenguaje público y la subjetividad privada, entre los rasgos comunes expresables y el carácter inefable de la interioridad individual» (Jay, 2009, p. 20). De este modo, y en sintonía con otras investigaciones elaboradas en los últimos años (Carli, 2012, 2014), utilizaremos este sugerente cristal analítico referido a la constitución de un campo de experiencia para explorar los modos en los que los/as estudiantes transitan la vida universitaria en las instituciones argentinas, buscando producir «un relato histórico atento a la

sensibilidad de lo cotidiano y a los modos de apropiación de las instituciones, a los contextos materiales de lo vivido y al lenguaje de la narración retrospectiva» (Carli, 2012, p. 27).

Los caminos de la militancia

La *politización como legado* asume los supuestos propios sobre los procesos de socialización, acentuando las líneas de continuidad entre la herencia del medio familiar y su desarrollo en el tiempo presente. Dicho en jerga bourdiana, la historia familiar lega un conjunto de disposiciones que se «in-corporan», que se meten en el cuerpo desde temprana edad, en sucesivas capas de creencias, valores, actitudes, sentidos y afectos, y conforman un *habitus* favorable a la acción política, del mismo modo que otros adquieren una predisposición positiva hacia la música clásica, la pintura o los deportes.

En virtud de la cohorte generacional que abarca nuestro estudio, es relativamente común encontrar un vínculo muy fuerte y explícito entre la memoria de las luchas de los años setenta, en las cuales muchos padres tomaron parte, y la actualidad de la militancia de sus hijos e hijas que retoman ese testimonio y lo recrean en su experiencia política en la universidad de nuestros días. Valga como ejemplo el caso de un militante de la agrupación MILES de la Facultad de Derecho, quien establece una estrecha relación entre la lucha de los setenta y el auge político del kirchnerismo.

P: ¿Tenían algún tipo de militancia tus padres?

R: Mi madre sí, en Medicina, militancia estudiantil, digamos. En la cuestión de los setenta, en una agrupación justicialista peronista... Mi vieja, que estuvo militando particularmente desde los setenta, fue quien me motivó a la participación. También el tema del cambio de época y la participación masiva que se dio en la juventud hicieron que mis padres me impulsaran a la participación, por más que ellos no hayan participado de algunas cuestiones, sobre todo de lo que fue la persecución de los setenta... Pero me inyectaron la voluntad de participar en este cambio de época, que también nos

hace ir a la participación. Sobre todo mi vieja, contándome cómo fue su época. Ella tuvo varios familiares, en realidad, no tanto familiares sino amigos y conocidos cercanos que fueron detenidos desaparecidos. También eso llevó a que ella tenga muchas ganas de participar. Siguió militando en los setenta pero no en lo que fue el embate neoliberal. En el momento de cambio de época que vuelve la participación en la universidad, que vuelve la participación a todos los ámbitos y la discusión de la política, ella me impulsa con esas cuestiones. A retomar la lucha de los compañeros desaparecidos, porque eso significa volver a discutir política después de tanto tiempo.

También desde otro ángulo del espectro político encontramos análogas vetas de prolongación de la participación política, aunque en este caso no son los padres sino el entorno familiar más amplio quien «transmite» la vocación por la cosa pública. Es el caso de un militante de Franja Morada, ex consejero directivo de la Facultad de Derecho, quien recupera su trayecto de iniciación a la lucha política universitaria en este diálogo:

P: ¿Tenían tus padres algún tipo de militancia política?

R: No, ninguno de los dos. Sí el resto de la familia, mis abuelos, mis tíos. De todos ellos, [mis padres] eran los únicos que no militaban.

P: ¿En qué partido militaba tu familia?

R: En el radicalismo.

P: ¿Y cuál fue tu principal referente familiar?

R: Seguramente haya sido mi abuelo.

P: Y vos, ¿cuándo empezaste a militar?

R: Empecé en 2008-2009 en lo que es la militancia universitaria. En la militancia partidaria militaba en mi pueblo desde el secundario. Y desde 2009 en la militancia universitaria. Recuerdo que me sumé a la Franja en una marcha por boleto, albergue y comedor, en una marcha estudiantil de la federación. Marché con la Franja y a partir de eso hice lazos con lo que es la militancia universitaria.

La fuerte identificación de una familia con un partido político es una configuración que se repite en otros casos que hemos podido relevar y muestra que en muchas oportunidades la inclinación por la participación política se manifiesta antes de llegar a la universidad. Valga como ejemplo el caso de un experimentado militante de Ciencias Exactas, quien al rememorar su itinerario personal repasa su acercamiento inicial a Quebracho y su posterior alejamiento, lo que lo llevará a transformarse en uno de los fundadores de la Agrupación Chilo Zaragoza.

P: ¿Tus padres militaron o militan en algún partido o sindicato?

R: Sí, toda mi familia militó en el PC. Viene de familia, digamos. Pero yo empecé a militar en el secundario, en el Liceo, por los problemas edilicios que tenía... Yo vengo del Liceo Víctor Mercante, que estaba en una situación muy precaria en los noventa y había que militar. Somos una generación que militó muchísimo para que no cerraran el edificio, para tener un presupuesto un poquitito mejor. Yo entré en 2001 en la facu, o sea que soy promoción 2000: con la situación de universidad en pleno retroceso, el menemismo y un colegio que estaba detrás del Decanato y que no tenía edificio propio. El edificio donde funciona ahora estaba en peligro de derrumbe y el otro edificio que iba a ser lo había tomado Exactas. No había edificio para el Liceo. Era una situación, desde siempre, de resistencia, de lucha. Después, en 2001, mi militancia siguió en la Facultad. Estaba todo el conflicto con De La Rúa, 101 facultades tomadas, un desastre total. Fue una cosa histórica, fue cuando López Murphy asumió y se tomaron prácticamente todas las facultades del país. Recuerdo que hasta Económicas estaba tomada. Era algo que no tenía sentido.

Yo entré a militar en ese contexto, sin preguntar mucho sobre las banderas ni fijarme mucho en nada: agarré la bandera del Centro de Estudiantes de Exactas y corté Corrientes y 9 de Julio. Nos subíamos al tren e íbamos hasta Buenos Aires. Incluso, hubo una manifestación muy grande acá en La Plata, creo que recién superada por la marcha de maestros de este principio de año [2014], había superado la que le hicieron a Ruckauf ese año [2001]. Imagínate lo masiva que fue, hubo 50.000 personas acá en La Plata y vino gente de todas las provincias. Entonces, fue arrancar con todo, con facultades tomadas, con asambleas. De un día para el otro venías y tenías la facultad tomada, y después de eso se hacía la asamblea. Era muy divertido.

Esos fueron mis inicios. Después yo, con los chicos de Quebracho (en ese momento SUMA era una agrupación de Quebracho), no me andaba mucho la cosa. Así que después de 2002, que se tranquilizó la cosa, dejé de militar con ellos.

En otros casos, encontramos una herencia más plural, desde el punto de vista de la orientación partidaria, pero igualmente fuerte en el sentido de la continuidad de un cierto *habitus* adquirido en el entorno familiar. Como relata un militante de Franja Morada de la Facultad de Ingeniería:

P: ¿Hay en tu familia algún tipo de participación política o sindical?

R: Mi mamá siempre fue militante de la UCR y mi papá no militó con el partido pero militó sindicalmente.

P: ¿Hay algún otro miembro de tu familia que también milite o haya militado?

R: Sí, es una familia muy politizada. La mayoría de mi familia es radical, pero tengo también parte de mi familia que milita en La Cámpora. Mi t o, el hermano de mi mamá, fue intendente de mi pueblo en Río Turbio por el Frente por la Victoria. Hay de todo...

P: Es de familia, entonces...

R: Sí, s ...

Pero si uno de los polos de ingreso al campo político universitario se relaciona con el pasado, con la capacidad socializadora del entorno familiar, el otro polo tiene que ver, sobre todo, con el presente. En la *politización a través del conflicto* se dan situaciones de tensión en las que se producen choques de intereses, de creencias o de valores que interpelan a los jóvenes y que movilizan su posicionamiento político. Esas circunstancias pueden tener un carácter puntual (demandas definidas en el estricto plano universitario), o formar parte de una constelación de acontecimientos más generales, propios del contexto nacional o internacional. El vínculo estrecho entre un problema específico que se vivencia de manera directa y su conexión con una problemática política más amplia, queda bien ilustrado con el caso de un joven militante del Pelo de Einstein, de la Facultad de Ciencias Exactas:

P: ¿Tus padres o alguien de tu familia tuvo o tiene algún tipo de militancia? ¿Sindical, política o en alguna organización?

R: No, ninguno de mis familiares. Yo arranqué militando en 2001, nunca había militado... Tenía 17 años, iba al secundario, estaba en quinto año y fue con el paro de un mes que se hizo cuando López Murphy dictó el 13% de recorte. Yo iba al Colegio Nacional. Como no volvíamos de las vacaciones, fui al colegio con un par de compañeros a ver qué pasaba. Ahí había charlas de los profesores. Nos metimos en una y cayó el Centro de Estudiantes, que no era el Centro sino que eran un par de autoorganizados que estaban pseudo tomando el colegio, y desde ese día empecé a militar, porque ahí mismo nos quedamos charlando y empecé a ir al colegio todos los días durante ese mes que no tuvimos clases.

En otros casos, un acontecimiento puntual —pero con dimensiones trágicas— activa disposiciones previas definidas en el plano de las creencias, que se traducen en actitudes y en decisiones de ingreso al mundo de la participación política. Es el caso de un militante del Partido Obrero de la Facultad de Humanidades:

P: ¿Cómo y cuándo empezaste a militar?

R: Siempre fui cercano a las ideas revolucionarias marxistas y trotskistas, y bueno, adhería ahí... Tenía otro amigo que tenía una militancia bastante fuerte y me fui quebrando igualmente en lo que es la conciencia política, porque a partir del asesinato de Mariano Ferreyra (ya había tenido un activismo político en los 24 de Marzo, con toda la vuelta de la cuestión de los DDHH-, pero la muerte de Mariano Ferreyra me sensibilizó bastante y espontáneamente fui a la marcha de ese octubre de 2010, lo cual realmente me sensibilizó bastante y movilicé con un contenido político. Ese podría ser uno de los puntos más de inflexión... Fui solo... Yo decía: «Soy del apolitismo, ¿qué voy a ir con los del PO?». Si esto, si aquello... Y realmente la causa era justa. Entonces, fue una causa política, porque fue consciente.

A veces, el ingreso al universo de la política se produce por circunstancias más modestas, ligadas a reclamos circunscriptos que permiten cristalizar disposiciones difusas, aunque con la capacidad suficiente para abrir el espacio de la participación. Valga como ilustración el caso de un integrante de la Agrupación Ya Basta, de la

Facultad de Humanidades, en el que se reitera una misma configuración de acceso a la política entre padres e hijos/as.

P: ¿Tus padres tienen algún tipo de militancia sindical o política?

R: No, no. En sí, cuando fue la vuelta a la democracia mi viejo era radical, pero después una sola vez se presentó a concejal, en 2007 o por ahí, en Berisso, pero una cosa vecinalista, muy graciosa. Y en el Hospital, como siempre faltaban insumos o la infraestructura se venía abajo, fueron activistas sindicales y participaban de los paros pero sin ser orgánicos a ningún sindicato, en ningún gremio.

P: ¿Y hay alguien de tu familia que practique una militancia más activa u orgánica?

R: No, nadie. Rompí el hielo...

P: ¿Cómo y cuándo empezaste a militar?

R: Tuve una experiencia en el secundario porque también había ciertos problemas edilicios. Me empecé a organizar sindicalmente de manera espontánea, muy de la voluntad de querer hacer cosas. Armé un cuerpo de delegados, que funcionó dos años, y me costó más armar el Centro de Estudiantes, producto de que tenía trabas desde la Dirección, los secretarios, la cúpula de la escuela; era una Escuela Técnica aparte. Así y todo logramos armar algunas jornadas culturales y hacer arreglar algunas cosas mediante la exigencia. Las reuniones de delegados estaban buenas. Y teníamos el hecho de que en la escuela de al lado habían organizado el Centro de Estudiantes y habían hecho quitar los guardapolvos que solo usaban las mujeres. Eso generó que pensemos que se podía hacer algo.

Además, siempre me interesó la Historia. Fui a la escuela técnica porque todos mis amigos fueron ahí, pero en cuestión de sensibilidades siempre me atrajo. Ya en la facu, empecé a participar de las asambleas y a ver qué onda. Un día fui a una charla sobre la crisis capitalista, organizada por el partido en que milito actualmente, y salí muy entusiasmado, muy flasheado por el nivel. Había sido una charla polémica entre varias corrientes, incluso corrientes marxistas teóricas no militantes, lo cual estuvo muy bueno. Salí y me compré la revista que estaban presentando, *Socialismo o Barbarie...* A raíz de eso me empecé a acercar, charlando, y a fin de año para las elecciones de 2010 como que me definí y me puse la remera, a mi medida. En 2011 entré más de lleno a militar.

Finalmente, entre el polo de la militancia por el *legado* y la que cristaliza a través del *conflicto*, la *politización por contacto* ocupa un espacio intermedio, en el que convive una intrincada gama de experiencias que poseen como rasgo específico la existencia de algún tipo de lazo afectivo o de reciprocidad entre pares, que desemboca en una activación de la participación política. Quizá podría decirse que la amistad, el noviazgo o las compañías comunes son más un puente, o una ocasión, que un motivo o una razón en sí misma, pero lo cierto es que en muchos de los casos relevados la continuidad con una memoria familiar o grupal, por un lado, o el posicionamiento frente a un conflicto que interpela la subjetividad juvenil, por otro, solo se terminan activando en presencia de esos lazos de confianza y de reciprocidad capaces de movilizar el capital social con el que cuenta un/a estudiante universitario/a. Valga como ejemplo el caso de un militante de la Agrupación SUMA, de la Facultad de Ciencias Exactas:

P: ¿Tus padres tienen algún tipo de militancia?

R: Mi viejo está en el sindicato de pintura de Buenos Aires, es el representante de su fábrica. Es una fábrica bastante chica, tendrá quince operarios, pero él es el delegado... Mi vieja, no. Es ama de casa, y ahora, desde que yo arranqué a estudiar, también está estudiando.

P: ¿Tenés otro miembro de tu familia que milite o haya militado?

R: No, ninguna otra persona.

P: Y vos, ¿cómo empezaste a militar? ¿Cómo te acercaste a SUMA?

R: Primero, por amigos. Estuve en mi primera cursada con unas chicas de SUMA. Al ser un ingreso a mitad de año es muy chico, van muy pocas personas, y todo el grupo de amigos que me hice en el ingreso no empezaron. Tenía cinco amigos del ingreso: cuatro no empezaron y uno empezó a la noche, y yo no podía empezar a la noche porque todavía vivía lejos. Así que empecé a la tarde. Y, bueno, estaba solo, y encontré otro grupo de chicas en el medio de la cursada. Una de ellas, que después empezó a ser una de mis mejores amigas, militaba en SUMA y me contaba todo lo que hacían. En realidad, no me contaba mucho, yo le preguntaba más, porque estaba bastante interesado en hacer algo. Ya venía con esa intriga de cómo era un Centro de Estudiantes, además de que me gusta la política. Y SUMA era un espacio que estaba bastante bueno, y estaba acorde con lo que yo pensaba, con mis creencias. Con el tiempo me fui acercando a los chicos, hasta que un día dije: «Bueno, empiezo» y arranqué a militar.

Claro que en otras ocasiones ese lazo de confianza solo se genera a través del contacto mismo, esto es, del acercamiento de los cuadros de una agrupación a los/as estudiantes que requieren un mayor apoyo para resolver los problemas que les presenta el tránsito por la universidad. En tal sentido, es notoria la competencia de las agrupaciones políticas por acercarse a los ingresantes a una carrera, no solo porque pueden ser muy útiles por el respaldo que brindan a los/as alumnos/as más nóveles, sino porque también se encuentra allí una importante cantera de reclutamiento juvenil de futuros dirigentes. Valga como ejemplo el caso de una militante de la Agrupación Unidad, de la Facultad de Ingeniería:

P: ¿Tu familia tiene alguna vinculación con la militancia sindical o política?

R: No.

P: ¿Y cómo empezaste a militar?

R: En la facultad conocí la Lista Unidad. Los conocí ni bien ingresé, te daban clases de consulta para el examen de ingreso. Un par de años después fui delegada de curso, y bueno, empecé a conocer más la agrupación y me sumé.

En otros casos, los lazos de cercanía personal parecen operar un proceso lento, de transformación silenciosa, por medio del cual alguien ajeno a la vida política se acerca de manera periférica para luego asumir una posición de mayor responsabilidad personal. El siguiente testimonio de una militante de Ciencias Exactas muestra como el «ritual de pasaje» une el afecto personal con la «presentación» pública de una nueva personalidad (Goffman, [1959] 1997).

P: *¿Cómo empezaste a militar?*

R: Desde el primer año de la facultad estaba bastante cercana al Pelo de Einstein, la organización en la que milito, porque mi novio de ese momento estaba en el Pelo, y me acerqué bastante. Él después dejó la facultad, pero igual seguí muy cercana, aunque sin militar. Era muy allegada y me enteraba de las cosas que hacían y de las publicaciones que sacaban. En un momento una compañera —que en ese momento no era mi compañera— como me veía muy cercana me dijo: «Este semestre estás cursando menos materias, podrías venir a las reuniones» y dije: «Bueno». Ella empezó a festejar, a cantar... Yo no entendía nada. Y cuando fui a la primera reunión me presentaron como la nueva compañera del Pelo y bueno, ya está, me quedé.

La centralidad de estos lazos afectivos muestra toda su relevancia si pensamos que una agrupación política estudiantil no es solo un lugar de acumulación de poder político, sino también —entre otras cosas— un espacio de contención personal para afrontar las dificultades de la vida de los/as jóvenes en la universidad. En este sentido, se expresa muy claramente un dirigente de Franja Morada de la Facultad de Derecho:

P: ¿Cuándo comenzaste a militar?

R: Arranqué a militar en 2007, pero por esta cuestión personal que te comenté [la muerte de sus padres] dejé en 2008. Retomé a fines de ese año, principios de 2009, y me empecé a sumar. Ahí encontré que la militancia juvenil, en unos de los aspectos fundamentales que hoy otorga, no es tan solo una agrupación política, a veces se termina convirtiendo en un grupo donde uno encuentra contención.

Algo para destacar de una agrupación política, como es Franja Morada, es que muy pocos son de la ciudad de La Plata. Mucha gente que viene de afuera encuentra no solo la manera de empezar a hacer política, sino también una contención al momento de llegar y de encontrarse con un mundo nuevo en la ciudad de La Plata. Es una contención no solo desde lo político, sino también desde lo afectivo y personal: encontrar un grupo, soluciones a problemas que le pueden ir apareciendo en su vida y tratar de canalizarlos y de resolverlos a través de la militancia estudiantil.

Este tipo de contacto, en el que tiene gran relevancia el lado afectivo de una relación entre pares sirve, incluso, para entender ciertas decisiones políticas que —a primera vista— sorprenden por su desfase ideológico, pero que parecen responder a una «lógica» de la situación donde las orientaciones del «grupo de referencia» quedan totalmente subordinadas a las elecciones del «grupo de pertenencia». Asimismo, la predominancia del grupo de pertenencia es todavía más fuerte cuando el vínculo entre la agrupación universitaria y sus referentes políticos nacionales aparece «velado» por diferentes dispositivos (utilización de nombres de fantasía, auto-declaraciones de independencia, etc.). El testimonio de un joven militante de SUMA, de la Facultad de Ciencias Exactas, es muy ilustrativo para entender la «brecha» entre el comportamiento electoral a nivel universitario y a nivel nacional.

P: ¿Pensás que hay una relación entre lo que un estudiante vota a nivel universitario y lo que vota a nivel nacional?

R: No. Por lo menos yo lo he visto acá dentro y no, no hay relación. De hecho, he visto a mucha gente de derecha que votaría al PRO o a Massa afuera de la universidad y que acá vota a la izquierda, simplemente por ser una cuestión anti, ¿se entiende? La cuestión es ser anti. Te doy un caso de acá: si vos a SUMA lo ves como el oficialismo, y sos anti- SUMA, sos anti-oficialismo, entonces todo lo que acumule en contra del oficialismo va a parar al sector que sea. Y si a vos se te presenta como oposición un sector del autonomismo, de la izquierda, todo lo que es anti también va a parar ahí. Todo es coyuntural, no es político. Cuando uno plantea la discusión a nivel nacional, plantea la discusión política, de modelos y lo que fuera, pero acá no. Al menos en esta facultad no se alinea, de hecho hay una gran parte de la facultad que es kirchnerista y no vota a SUMA. Justamente, porque, más allá de las chicanas entre las agrupaciones, el estudiante no identifica que el Pelo de Einstein es Patria Grande y que SUMA puede estar cerca del kirchnerismo. No está esa visión. Hasta te puedo decir que gente que fuera de la universidad no es progresista, me puede votar a mí. Porque depende de esas capas de amistad, de relaciones que hay dentro de las cursadas. Y tiene que ver con la incapacidad que hemos tenido todas las agrupaciones de dar el salto en la discusión política. No se discute política.

La «doble vida» de la militancia estudiantil

Uno de los principales desafíos analíticos que enfrenta quien pretende investigar la experiencia política de los/as jóvenes estudiantes en el campo universitario es que —en buena medida— la bibliografía más relevante y actualizada aparece separada en dos sectores antagónicos, con escasos puentes de diálogo entre sí. En virtud de la prevalencia de estas miradas escindidas, habría una cierta afinidad electiva entre los estudios que, desde un cristal «crítico-hermenéutico», se concentran en la indagación de prácticas políticas no formales, alternativas o dramatúrgicas entre los/as jóvenes estudiantes universitarios (entre otros, pueden destacarse los estudios de Balardini, 2000, 2005; Béndit, 2000; Bonvillani y otros, 2008; Chávez, 2009; Picotto & Vommaro, 2010). Mientras que los autores que utilizan modelos de indagación de corte «neo-institucionalista» lo hacen concentrándose en los procesos relativos a la elaboración y al impacto de las políticas universitarias,

los incentivos orientados al cambio institucional o el papel de las actividades de evaluación y de acreditación en la vida universitaria (véanse, por caso, los sugerentes trabajos de Peña N., 2004; García de Fanelli, 2005; Arredondo Salinas, 2011; Buendía Espinosa, 2011; Bentancur, 2013). A nuestro juicio, es necesario trascender esta dicotomía teórica a efectos de ofrecer una visión integradora, más compleja y diversa que cualquier perspectiva unilateral, para indagar la experiencia de participación política estudiantil en nuestras universidades. La integración articulada de estas miradas nos permitirá —creemos— comprender de mejor manera lo que podríamos llamar la «doble vida» de la participación política estudiantil en la universidad.

En efecto, tomando libremente la clásica referencia de Bourdieu (1997), podríamos decir que, por un lado, hay una *vida política subjetiva*, con variables grados de compromiso, de involucramiento y de constitución de vivencias personales de los estudiantes, que van desde la solidaridad, la confraternización y la conformación de un sentido de pertenencia hasta el aprendizaje de los vericuetos de la lucha política, sus lógicas, sus dinámicas y sus tensiones. Por otro, hay una *vida política objetiva*, expresada por una lógica multiplicadora de la acumulación de poder, que se desarrolla en términos de una serie de juegos de poder «anidados» (Tsebelis, 1990), que a la vez que vinculan también separan el poder institucional universitario de los ámbitos de la política partidaria y territorial, donde el voto estudiantil es reconfigurado en términos de acumulación de recursos, de espacios y de posiciones de poder.

Pero esa *vida política subjetiva*, a su vez, se constituye a través de la tensión polarizadora entre dos perfiles: el del militante entendido como sujeto «emancipador» y el del militante visto como «calculador racional». Ambas identificaciones (que etiquetamos de manera tentativa) conviven en la experiencia militante guiadas por racionalidades que, si bien se dan en oposición, se necesitan y se retroalimentan: de un lado, un tipo de racionalidad «comunicativa», ligada a la prosecución de objetivos emancipatorios; de otro, un tipo de racionalidad «estratégica», vinculada a fines de construcción, de distribución y de ejercicio de poder.

Es importante hacer notar que los perfiles del militante «idealista» y del «pragmático» (para utilizar otra deriva metafórica) constituyen dos *tipos ideales* que sirven de puntos polares de un continuo en permanente tensión. En otros

términos: no se trata de dos tipos distintos de militantes, sino que hablamos del mismo actor que sigue dos lógicas situacionales diferentes, las cuales configuran dos diversas —pero complementarias— *posiciones de sujeto* al interior del campo de lucha política estudiantil. De este modo, el mismo individuo desplegará prácticas emancipatorias o calculatorias según sean los distintos contextos político-institucionales en los que discurra su accionar.

A efectos de graficar estas consideraciones, se ofrecen a continuación algunos fragmentos de las entrevistas realizadas en cuatro facultades de la UNLP. Tal vez una buena ilustración de lo que llamamos prácticas *emancipatorias* la encontramos en las reflexiones de un joven militante al responder a la pregunta sobre lo que más le gusta y lo que menos le gusta de la militancia.

Voy a empezar por lo que más me desgasta... Lo que más me desgasta es la apatía, el desinterés; uno capaz que sacrifica mucho el tiempo personal y después hay como un rechazo a que vos no tenés eso, no sos normal como los demás. Entonces, todo el tiempo hay como una recriminación: «¿Por qué no te pones a hacer otra cosa?», «Estás ahí perdiendo el tiempo». Pero la contracara de eso es lo que más te llena, porque lo que más te llena es cuando encontrás a una persona que te valora eso y que se da cuenta que vos solo no lo podés hacer y que el Centro de Estudiantes *no es una ventanilla de resolución de problemas*, sino un espacio de construcción. Y te dice: «Bueno, yo quiero aportar un poquito, decime en qué puedo aportar». Eso es lo que más te llena, porque donde vos reprodujiste aunque sea un poquito ese *cambio de conciencia* es donde estás ganando.

Uno gana, no cuando gana las elecciones, uno gana cuando hay una persona que entiende que la pelea que estás dando no tiene que ver con quién tiene la chapa, que no es un partido de fútbol, que no estás peleando por ver quién gana, estás peleando por transformar las cuestiones de fondo. Y *ganás, realmente, cuando una persona más toma conciencia de eso y se pone a militar, no importa dónde..., no importa dónde*. Y que por más chico que sea el aporte, lo esté haciendo: esté alfabetizando en un barrio, esté tomando muestras de agua para gente que tiene el agua contaminada, esté explicando en una escuela la importancia de venir a estudiar ciencia por la soberanía del país, que vaya a un congreso y haga sus aportes o que venga y ayude a un pibe que recién esté ingresando a ubicarse en la palmera y no esté perdido como un boludo. Ganas ahí, y eso es lo que más te llena. Porque es lo que deja marca, *porque uno busca la*

trascendencia, no la coyuntura. Y dónde vos dejás marca después alguien de quinto año te dice: «Cuando entré, vos me explicaste de que se trataba la carrera y yo nunca pude ayudar en nada, pero quiero ayudar en algo». Bueno, ahí ganaste, no te importa el porcentaje de las elecciones, ahí ganaste, eso es lo que más te llena. Definitivamente (militante de Ciencias Exactas, SUMA).

El otro aspecto, que denominamos calculador o pragmático, si bien menos recuperado en la literatura sobre estudiantes universitarios, ocupa un lugar central en su experiencia y en sus prácticas, y no es en absoluto opaco a los propios protagonistas, si bien no suele formar parte central del lenguaje proselitista.

[...] una cuestión gremial sería esto: militar por solucionar que haya más bandas horarias, que haya pizarrón en todas las cursadas... Pero eso es cortoplacista, porque tenés un techo, que es eso. Está toda la facultad linda, y ¿qué haces? Nosotros queremos realmente construir cuadros o estudiantes que puedan pensar críticamente su matriz y dar el salto a lo cualitativo, a lo político (Humanidades, UTOPIA).

[...] solo cuando una agrupación es fuerte, y durante mucho tiempo ha logrado construir la cuestión gremial, puede dar el salto a la discusión política [...]. Lo gremial es que los servicios funcionen bien, que haya algún requerimiento académico (la discusión de una correlativa, una nota de alguna queja) y esté resuelto. Que lo gremial esté resuelto te garantiza que el estudiante te vote, que seas la conducción del centro de estudiantes (Exactas, SUMA).

Si los servicios mantienen la media y no están tan mal, más allá de que haya cosas para mejorar, ya tenés un 50% del voto (Derecho, SUR).

[...] son una franja [de estudiantes] que votan más la cuestión inmediata de cómo me pueden solucionar mis problemas [...] porque son pibes muchas veces más de masa, con menor politización, y que ven la política como algo ajeno. [Eso es] producto de una educación política de muchas corrientes que son «sindicaleras», que les lleven ese mensaje y se lo han llevado durante años, el PCR, la COPA, corrientes que te dicen: «Votame que yo te consigo las cosas» (Humanidades, Ya Basta Nuevo MAS).

[...] a medida que te metés y empezás a ser hegemónico en términos de cantidad de centros te das cuenta que por el estudiante medio de la facultad lo que te queda es dar discusiones políticas o juntar más votos, y a veces te conviene más adecuarte a la anti política o a la falta de política de la clase media universitaria. Es una cuestión de táctica (Exactas, SUMA).

Los/as militantes, en tanto, tienen, en general, una radiografía de bordes difusos, pero de contenido relativamente certero, acerca del comportamiento político-electoral de los/as estudiantes en tanto actores *racionales*, y sobre la base de ese «diagnóstico» definen —de manera calculatoria— sus estrategias y sus tácticas de poder. En principio, hay una división nítida del campo universitario donde se distinguen los/as estudiantes «politizados» —los sectores «activados», en la vieja terminología de (O'Donnell, 1972)— de los «no politizados», y dentro de estos últimos se abre una enmarañada gama de «estratos» o de «franjas» en los que, al menos, es posible diferenciar tres sectores.

En principio, encontramos un núcleo de alumnos/as que le otorgan cierta valía a la representación gremial, y por tanto esperan que el Centro de Estudiantes los defienda ante eventuales problemas con una cursada o que sea capaz de modificar una norma académica considerada perjudicial. Se trata de un/a estudiante que entabla con sus representantes un lazo «contractual» mediante el cual se intercambia apoyo político por defensa de intereses comunes en un plano que recuerda bien la «lógica de la acción colectiva» (Olson, 1998). Este tipo de estudiante, que podríamos considerar como «agremiado» o «sindicalizado», está dispuesto a pagar un costo mínimo a cambio de una eventual defensa ante un conflicto y a dejar en manos de la representación estudiantil la defensa gremial, a cambio de que sus representantes corran con los beneficios propios de quien tiene los «incentivos positivos» para desarrollar una carrera política. En otros términos, el militante le soluciona al estudiante *agremiado* un típico problema de «coordinación» de la acción colectiva, sobre todo porque ofrece una estructura organizativa de respuestas permanentes ante problemas eventuales (Saiegh & Tommasi, 1998).

Una franja algo más externa, que rodea a este núcleo de estudiantes más conscientes de las ventajas de la agremiación, se acerca al comportamiento estudiado bajo el prisma del «teorema del votante medio» (Shepsle & Bonchek, 2005). En general, se trata de un/a estudiante que rehúye el debate político ideológico (ya sea porque le resulta «indiferente» o bien porque le produce «fastidio» o incluso «desprecio») y que entabla con la representación estudiantil una relación principalmente mediada por la «calidad de los servicios» (fotocopiadora, buffet, etc.). Podríamos pensar en un tipo de estudiante más ligado al perfil del «cliente» que aprueba con su «lealtad» o desaprueba con su «salida», raramente con su «voz» (Hirschman, 1977), la provisión adecuada de un producto.

Por último, el cinturón más periférico se conforma por un sector que guarda una relación puramente ocasional con la vida política. Son todos aquellos que se mantienen «indecisos» hasta el final del proceso electoral, no por reflexión sino por absoluta lejanía respecto de la contienda. Constituyen una variante de aquello que Juan Carlos Torre (2003) bautizó hace tiempo como los «huérfanos de la política de partidos». Pueden acercarse a una agrupación por algún vínculo afectivo, por amistad con un militante o adherente, o por una simpatía ocasional con una propuesta, pero en la mayoría de los casos terminan decidiendo su voto metros antes de llegar al cuarto oscuro. De ahí el áspero carácter que toma la pelea política en los tramos finales de la campaña, y en particular a lo largo de los días de votación, ya que muchas agrupaciones saben que se juegan su futuro a manos de un/a estudiante cuyo comportamiento volátil lo/la hace imprevisible pero, por lo mismo, objeto de intensa presión propagandística.

Reflexiones finales

El análisis sobre los sentidos de la participación política universitaria considerados en este trabajo nos habla de un cierta «metamorfosis» de la representación política (Manin, 1992) que muestra continuidades y rupturas con la política nacional.

En primer lugar, a través del relato de los/as militantes podemos observar una significativa brecha entre los/as representantes y los/as representados/as que se expresa en diferentes dimensiones y que hemos tenido ocasión de corroborar en otras investigaciones (Camou, Prati & Varela, 2014a y 2014b). Esa distancia es significativa cuando examinamos, por ejemplo, que hay una visión más «participativa» de la ciudadanía entre los militantes y más «delegativa» (O'Donnell, Lazzetta & Quiroga, 2011) entre quienes no militan.

En segundo lugar, estos testimonios nos permiten ilustrar —a modo de *tipos ideales*— tres grandes modelos de trayectoria de incorporación a la vida política (que hemos etiquetado como la militancia o politización por el «legado», a través del «conflicto» y por «contacto») y tres modalidades de vinculación de los/as representados/as con sus representantes (el estudiante «agremiado», el «votante medio» y los «huérfanos» de la política). Ciertamente, como ya señalamos, sería muy difícil hallar en la realidad de las luchas políticas realmente existentes cada

uno de estos modelos en su estado puro; más bien, lo que encontramos son diferentes mixturas de elementos que conforman ciertos patrones comunes, aunque cada caso particular posee siempre la riqueza —y la indeterminación— propia de toda vivencia individual.

En tercer lugar, creemos que es necesario elaborar una mirada analítica integral sobre la *doble vida* de la experiencia de participación política estudiantil; en particular, prestando especial atención a las tensiones entre los perfiles del militante «emancipador» y el militante visto como «calculador racional». Como destacamos en estas páginas, es importante hacer notar que ambos perfiles constituyen dos *tipos ideales* que sirven de puntos polares de un continuo en permanente tensión. En otros términos, no se trata de dos tipos distintos de militantes, sino del mismo actor que sigue dos lógicas situacionales diferentes, las cuales configuran dos diversas —pero complementarias— *posiciones de sujeto* al interior del campo de lucha política estudiantil. De este modo, el mismo individuo desplegará prácticas emancipatorias o calculatorias según sean los distintos contextos político institucionales en los que discurra su accionar.

Referencias

Arendt, H. [1958] (1993). *La condición humana*. Barcelona, España: Paidós.

Arredondo Salinas, C. D. (2011). *La descentralización en Chile: una mirada desde la economía política y el neoinstitucionalismo* (Tesis de maestría), Universidad de Chile. Recuperado de <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/102604>

Balardini, S. (Coord.) (2000). *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Balardini, S. (2005). ¿Qué hay de nuevo, viejo? Una mirada sobre los cambios en la participación política juvenil. *Nueva Sociedad*, (200), 96-107. Recuperado de <https://nuso.org/articulo/que-hay-de-nuevo-viejo-una-mirada-sobre-sobre-los-cambios-en-la-participacion-juvenil/>

Becher, T. [1989] (2001). *Tribus y territorios académicos. La indagación intelectual y las culturas de las disciplinas*. Barcelona, España: Gedisa.

Bendit, R. (2000). La participación social y política de los jóvenes en países de la Unión Europea. En S. Balardini (Coord.), *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo (19-55)*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Bentancur, N. (2013). Gobernanza y diseño institucional. Marco conceptual y análisis de caso (Regulación y gobierno del sistema educativo en Uruguay). *Revista Internacional de Investigaciones en Ciencias Sociales*, 9(1), 119-143. Recuperado de <http://revistacientifica.uaa.edu.py/index.php/riics/article/view/146>

Bonvillani, A., Palermo, A., Vázquez, M. y Vommaro, P. (2008), Juventud y política en la Argentina (1968-2008). Hacia la construcción de un estado del arte. *Revista Argentina de Sociología*, 6(11), 44-73. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26911765004>

Bourdieu, P. (1983). *Campo del poder y campo intelectual*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Folios.

Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, España: Anagrama.

Buendía Espinosa, M. A. (2011). Análisis institucional y educación superior. Aportes teóricos y resultados empíricos. *Perfiles Educativos*, 33(134), 8-33. Recuperado de <https://www.iisue.unam.mx/perfiles/descargas/pdf/2011-134-8-33>

Camou, A., Prati, M. y Varela, S. (2014a). Tras las huellas de la participación política. Un estudio sobre la experiencia reciente de estudiantes universitarios. *Revista Universidades*, 65 (60), pp. 6-25.

Camou, A., Prati, M. y Varela, S. (2014b). Tras las huellas de la participación política. *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, (8), 142-159. Recuperado de <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/revistadejuventud/article/view/2681>

Carli, S. (2012). *El estudiante universitario. Hacia una historia del presente de la educación pública*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Carli, S. (2014). *La universidad pública y la experiencia estudiantil. Historia, política y vida cotidiana*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Miño & Dávila.

Chávez, M. (2009). Investigaciones sobre juventudes en la Argentina. Estado del arte en ciencias sociales 1983-2006. *Papeles de trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín*, 2(5).

Di Pego, A. (2012). La revelación del *quién* en el mundo contemporáneo. Consideraciones a partir de las concepciones de Hannah Arendt y de Paul Ricoeur. *Revista de Filosofía y Teoría Política*, (43), 45-78. Recuperado de <https://www.rfytp.fahce.unlp.edu.ar/article/view/RfYTPn43a02>

Dubet, F. (2011). *La experiencia sociológica*. Barcelona, España: Gedisa.

Easton, D. y Dennis, J. (1969). *Children in the political system. Origins of political legitimacy*. Nueva York, Estados Unidos: McGraw-Hill.

Galais, C. (2008). *¿Socialización o contexto? La implicación política subjetiva de los españoles (1985-2006)* (Tesis de doctorado), Universidad Pompeu Fabra, Barcelona. Recuperado de https://www.fbofill.cat/sites/default/files/E266_0.pdf

García de Fanelli, A. (2005). *Universidad, organización e Incentivos. Desafío de la política de financiamiento frente a la complejidad institucional*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Miño y Dávila-Fundación OSDE.

García Lastra, M. (2006). Política y mundo universitario: algunos datos sobre la cultura política del alumnado de la Universidad de Cantabria (España). *Perfiles educativos*, 38(114), 152-168. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-26982006000400007

Goffman, E. [1959] (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Hirschman, A. O. (1977). *Salida, voz y lealtad. Respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y estados*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Hyman, H. (1959). *Political socialization. A study in the psychology of political behavior*. Glencoe, Escocia: Free Press.

Jaime Castillo, A. M. (2000). Familia y socialización política. La transmisión de orientaciones ideológicas en el seno de la familia española. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (92), 71-92. Recuperado de http://www.reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_092_06.pdf

Jaime Castillo, A. M. (2008). Trayectorias de participación política de la juventud europea. ¿Efectos de cohorte o efectos de ciclo vital? *Revista de Estudios de Juventud*, (81), 67-94. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/documentos-4.pdf>

Jay, M. (2009). *Cantos de experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Lane, R. E. (1959). Fathers and sons. The foundations of political beliefs. *American Sociological Review*, 24(4).

Manin, B. (1992). Metamorfosis de la representación. En M. R. Dos Santos, *¿Qué queda de la representación política?* (pp. 39-40). Caracas, Venezuela: Nueva Sociedad.

Martuccelli, D. (2006). *Lecciones de sociología del individuo*. Lima, Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú.

O'Donnell, G. (1972). *Modernización y autoritarismo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Paidós.

O'Donnell, G., Iazzetta, O. y Quiroga, H. (Coords.) (2011). *Democracia delegativa*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Prometeo.

Olson, M. (1998). La lógica de la acción colectiva. En S. Saiegh y M. Tommasi (Comps.), *La nueva economía política. Racionalidad e instituciones* (pp. 37-62). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

Ortega y Gasset, J. (1999). *Historia como sistema*. Madrid, España: Alianza.

Peña N., O. D. (2004). La educación superior en Colombia y la teoría de los costos de transacción política. *Revista de Economía Institucional*, 6(11). Recuperado de <https://www.uexternado.edu.co/facecono/ecoinstitucional/workingpapers/opena11.pdf>

Pereira Fernández, A. (2011). Notas para jugar con la ilusión biográfica y no perderse en el intento. *Revista Científica Guillermo de Ockham*, (9). Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105322385007>

Picotto, D. y Vommaro, P. (2010). Jóvenes y política: las agrupaciones estudiantiles independientes de la Universidad de Buenos Aires. *Nómadas*, (32), 149-162. Recuperado de http://nomadas.uceba.edu.co/nomadas/pdf/nomadas_32/38_9PV_Jovenesypolitica.pdf

Prati, M. (2012). Tribus y territorios estudiantiles. Notas metodológicas acerca de la relación entre disciplinas del conocimiento y cultura política en estudiantes de la UNLP. *Cuestiones de Sociología*, (8). Recuperado de <http://www.cuestionessociologia.fahce.unlp.edu.ar/issue/view/193>

Ricoeur, Paul (1996). *Tiempo y narración III. El tiempo narrado* (trad. Agustín Neira). Ciudad de México, México: Siglo XXI.

Rodríguez, Á. (1988). Socialización política. En J. Seoane y Á. Rodríguez (Eds.), *Psicología política* (pp. 133-163). Madrid, España: Pirámide.

Rowley, H. (2006). *Sartre y Beauvoir. La historia de una pareja*. Barcelona, España: Lumen.

Saiegh, S. y Tommasi, M. (Comps.) (1998). *La nueva economía política. Racionalidad e instituciones*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

Sandoval Moya, J. y Hatibovic Díaz, F. (2010). Socialización política y juventud: el caso de las trayectorias ciudadanas de los estudiantes universitarios de la región de Valparaíso. *Última Década*, (32). Recuperado de <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362010000100002>

Sapiro, V. (2004). Not your Parent's Political Socialization. Introduction for a New Generation. *Annual Review of Political Science*, (7), 1-23.

Serna, J. (2006). La sociologie..., c'est moi. *Posdata*, p. 2. Recuperado de https://www.levante-emv.com/media/documentos/2006-11-10_DOC_2006-11-03_01_00_44_posdint.pdf

Shepsle, K. A. y Bonchek, M. S. (2004). *Las fórmulas de la política. Instituciones, racionalidad y comportamiento*. Ciudad de México, México: Taurus-CIDE.

Toer, M. (1997). Principales características de los estudiantes de la UBA. *Sociedad*, (11).

Torre, J. C. (2003). Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria. *Desarrollo Económico*, 42(168), 647-665

Tsebelis, G. (1990). *Nested Games. Rational Choice in Comparative Politics*. Berkeley, Estados Unidos: University of California Press.

Notas

¹ La tipología de disciplinas del conocimiento que utilizamos en este trabajo combina la clasificación propuesta por Tony Becher ([1989] 2001) para el estudio de los académicos con una distinción realizada por Mario Toer (1997) en un estudio acerca de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires, entre facultades orientadas hacia una práctica profesional con claras regulaciones sobre sus incumbencias y facultades orientadas hacia la elaboración conceptual o la investigación, haciendo prevalecer la puesta en cuestión (crítica) del objeto con el que se trabaja. En trabajos anteriores (Prati, 2012) hemos encontrado que esta clasificación genera grupos («tribus») relativamente homogéneos en relación con las actitudes políticas de los estudiantes.

² Como es sabido, los primeros estudios sistemáticos sobre socialización política (Hyman, 1959; Lane, 1959; Easton & Dennis, 1969) hicieron especial hincapié en el papel crucial de la familia en la socialización política de las nuevas generaciones y señalaron que las actitudes políticas básicas se forman durante la infancia, en el marco de la relación con los padres.

En la actualidad, se considera que la socialización política de los individuos es obra de distintos agentes y adopta diversas formas a lo largo del ciclo vital de un individuo (Rodríguez, 1988; García Lastra, 2006; Galais, 2008; Jaime Castillo, 2000, 2008; Sapiro, 2004; Sandoval Moya & Hatibovic Díaz, 2010).